

## CAPITULO XVI.

Tras un documento.

En los momentos mismos en que Clotilde se hallaba engalanada y dispuesta á consumir el sacrificio de unirse al hombre que no amaba, y creia, como la hermosa Inés, que solo el manuscrito en que se patentizaba la inocencia del padre de Leopoldo, hubiera podido hacer cambiar de resolucion á D. Emilio, dos hombres, embozados en oscuras capas, bajaban por el Puente de la Mérced, y se dirijian hácia la estrecha calle de Manzanares.

El sol se habia ya ocultado, y la noche extendia su negro velo sobre la ciudad.

El sereno acababa de encender los tres

únicos faroles que, con poco y mal aceite, pretendian, aunque en vano, alumbrar con su escasa y opaca luz los montones de basura que se encontraban de trecho en trecho, los sucios caños y los profundos hoyos que amenazaban de continuo las piernas de los transeuntes.

Nuestros dos embozados que habian caminado un largo trecho en el mayor silencio, se detuvieron en la esquina del oscuro callejon de Veas, que está á la derecha y en que se encuentra el primer farol que alumbrá la larga calle de Manzanares.

—¿Por aquí, doctor?

Dijo uno de ellos disponiéndose á torcer por el expresado callejon de Veas.

—No: es mejor que continuemos derecho, porque esas calles, señor Duval, aun están mas en tinieblas que la que llevamos.

—Pues bien; guíe vd. que es conocedor de estos rumbos.

—Entonces, adelante.

—Pero ¿está vd. seguro, señor Willey, de que esa Doña Anita se mudó de la calle de Tacuba?

—Segurísimo; como que me lo dijo una señora llamada Doña Cruz, á quien encontré en la escalera cuando fuí á preguntar por ella.

—¿Y fué tambien la misma vecina la que le dijo á vd. que estaba de portera en la casa á que me conduce vd?

—Sin duda.

—¿Y cree vd. que se halle en poder de Doña Anita ese cuaderno?

—Yo no sé mas, sino lo que vd. me dijo; esto es, que le ofreció á vd. entregárselo antes de la fatal noche en que fué vd. herido.

—¡Oh! si está en manos de la antigua mercachifle, nada temo: es la única prueba que pudiera presentar Leopoldo abogando la inocencia de su padre, segun se me ha asegurado, y no pudiéndola presentar esta noche, que es la dispuesta para mi enlace con Clotilde, el triunfo es mio.

—Y mio tambien, porque así podremos marcharnos á Europa, á gozar de los tesoros que aquí nos cuestan indecibles sobresaltos.

Y Duval y Willey continuaron su camino sin pronunciar una palabra, y recatando el rostro con el embozo para no ser conocidos.

Al llegar enfrente á la capilla de Manzanares, que está á la izquierda, y en que se ostenta el segundo farol, llamaron, sin advertirlo, la atencion de un hombre que venia por la otra acera.

—¿Me equivocaré, ó son ellos?—Dijo para sí el nuevo personaje haciendo alto y observándoles.—La estatura y la manera de andar me indican que no me equivoco. Pero ¿qué vendrán á hacer por este barrio...? nada bueno seguramente. ¡Oh! pues yo deseo saber á dónde se dirijen, y desengañarme si son ellos.

Y nuestro hombre que venia hácia el centro de la ciudad, retrocedió marchando detras de Willey y de Duval, pero á regular distancia para no ser visto de ellos.

Los dos embozados, bien ajenos de pensar que iban seguidos de un hombre que les observaba, dejaron á la izquierda el callejon de la Pulquería de Palacio, á la derecha el de Manzanares, pasaron el de Su-

sanillo en que está el último farol, y continuaron su camino cruzando un laberinto de plazuelas y callejones, cuyos nombres ignoran aún los mismos que viven en ellos.

—¿Nos falta mucho aún para llegar?

Preguntó uno de ellos.

—No, ya estamos muy cerca.

El hombre que los seguía y que pudo oír aquellas palabras, reconoció en la voz de ambos individuos á Duval y Willey.

—¿No me había engañado!—dijo para sí.—Pero ¿qué vendrá á hacer por este rumbo Duval, cuando esta misma noche debe celebrarse su union con Clotilde? ¡Oh! averigüemos.

Y el hombre continuó marchando detras de aquellos dos malvados.

De repente se detuvieron Willey y Duval en una esquina.

El individuo que les seguía hizo lo mismo, embutiéndose, por decirlo así, en una puerta para no ser visto.

—¿Ve vd.—dijo el doctor á Duval—aquella casa que tiene un piso alto?

—Sí.

—Pues allí vive Doña Anita: marche vd., pues, solo, para no despertar sospechas, que yo le espero á vd. aquí para que despues obremos como convenga.

El hombre, que habia oido claramente aquellas palabras, no quiso esperar mas, y mientras el doctor y Duval hablaban, él se deslizó entre las sombras, y se dirigió hácia la casa de la antigua mercachifle.

—¡Oh!—dijo para sí mientras caminaba á toda prisa.—La puerta aun debe estar abierta, y escondido y aplicando el oido á la cerradura de la llave, podré saber lo que Duval tiene que hablar con Doña Anita.

Y no bien habia acabado estas palabras cuando llegó á la expresada casa.

La puerta, como lo habia pensado, aun estaba abierta.

Nuestro hombre se escondió detras de ella.

Poco despues vió llegar á Duval, llamar á la puerta de la habitacion de Doña Anita, asomarse ésta para ver quién llamaba, hacer entrar en el cuarto al novio de Clo-

tilde, y cerrar en seguida la puerta de la vivienda.

El personaje que todo lo habia observado, dejó entonces su escondite y se acercó á la puerta sobre las puntas de los piés, aplicó el oido á la cerradura de la llave, y se puso á escuchar lo que dentro del cuarto hablaban.

A los pocos instantes de estar oyendo, se pintó en su semblante la sorpresa, dejó escapar una ahogada exclamacion de alegría, y salió precipitadamente á la calle, sin esperar á que terminase la entrevista de Duval y Doña Anita, y se perdió en las calles que conducen al centro de la ciudad.

Willely, entre tanto, esperaba impaciente á Duval.

Un cuarto de hora despues éste, se acercaba demostrando en su semblante la satisfaccion y el contento.

—¿Qué hay?

Le dijo el doctor.

—Lo que deseábamos.

—¿Cómo?

—Que el manuscrito cayó en poder de Doña Anita.

—¿Y se lo ha dado á vd?

—No; pero me ha dicho que se lo pida á Doña Cruz, á la cual se lo dió á guardar.

—¡Magnífico!

—Por lo mismo es preciso que mientras yo voy á casa de D. Emilio para celebrar mi union con Clotilde, vd. se dirija á la calle de Tacuba, pida vd. á Doña Cruz el cuaderno, y me lo lleve vd. inmediatamente.

—Voy corriendo.

—No se olvide vd. que es mi padrino de casamiento y que le estoy esperando con impaciencia.

—Todo se hará con la mayor prontitud.

Y Willely y Duval se separaron, dirijiéndose, aquel á casa de Doña Cruz, y el segundo á la de D. Emilio donde iba á unirse con la mujer que amaba.